

2. LA ORACION EN SI MISMA.

Es un hecho bastante constante, propio de la cultura occidental, querer definir todo lo que se le presenta. Definir es algo así como poseer, dominar con nuestra inteligencia la realidad. También tendemos a definir la oración y la oración es indefinible. Se puede apuntar, describir un poco lo que es, pero jamás encerrar en una definición.

La oración es un misterio por parte de los dos protagonistas que entran en su verificación o realización. Es por parte de Dios porque Dios es un misterio por su misma naturaleza y es también por parte del hombre, que si bien en parte somos asequibles, en el fondo somos un misterio porque el ser humano es insondable y solo se sacia con lo infinito.

No obstante, a pesar de todo lo dicho, podemos hacer una descripción de lo que es la oración. Datos para ello, los tenemos en el evangelio. Cristo en el sermón de la última cena, nos ofrece detalles para ello, cuando dice: "Este es mi precepto: que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor, que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre, os lo he dado a conocer".

Posiblemente apoyados en este pasaje del evangelio de San Juan y otros más que hay en los evangelios, los maestros de Vida Espiritual describen la oración como una comunicación entre amigos. Santa Teresa en su libro de la Vida dice: "No es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama".

San Juan de la Cruz dice hablando de la oración que no hay que llevar "más arrimo que la fe, esperanza y amor"; él expresa la oración en términos de virtudes teologales, dando a entender que es algo vivencial y al mismo tiempo teologal.

ORACION ES ACTITUD.— Cuando hablamos de la oración como amistad, lo primero que tenemos que decir es que la oración es una actitud y forma de ser antes que un acto.

Así como uno puede hacer actos de natación, sin ser nadador, también uno puede hacer actos de oración sin ser orante. Esta es la peor situación que puede sucederle a uno, si después de tantísimas horas de praxis de oración, no ha pasado de ser practicante a orante. El error está en que ha tomado la oración como simple acto, igual que se hace con cualquier acto que lleva consigo la vida humana.

Es necesario enfatizar mucho, que la oración es una forma de ser, porque la amistad así lo exige. En efecto, la amistad crea una relación entre dos sujetos; en el caso de la oración entre Dios y yo; y como es lógico Dios polariza nuestra existencia.

Es lo que dice San Juan de la Cruz en el comentario a "Llama de Amor Viva": "El centro del alma es Dios, al cual cuando ella hubiere llegado según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda, ame y goce a Dios."

La oración es una forma de ser, por la cual uno se abre al otro, en nuestro caso a Dios, acogiéndolo en su misteriosidad y poniéndose a su

*Es solo Dios quien puede
llevar al corazón del hombre.*

*De aquí amor a la oración - Comunicación entre amigos
se debe alcanzar todo su significado - todo el fin
es el amor a Dios - todo el fin es el amor a Dios*

20.11

disposición.

En el fondo se trata de rehacer el ser desde sus cimientos y si tenemos en cuenta que la negación de la amistad es el egocentrismo, y a eso nos ha condenado el pecado, porque nos ha arrojado a la soledad de nuestro "yo"; por tanto la gracia de Dios significa abrirnos a la posibilidad de relación con el otro, es decir, a descentrarnos de nosotros mismos. *Después de esto el fondo de nuestra conversión*

La nueva vida, el nuevo ser significa abrirnos a la relación última y fundante con Dios; abrirnos a esta relación en libertad y en amor; abrirnos a los demás, a las cosas, etc.

La oración es una forma de ser y un estilo de vida. Desde aquí podríamos entender, eso que llamamos "dificultades de la oración" y que las resumimos, más o menos, en cansancio, que no tenemos tiempo, que no nos podemos concentrar, que nos distraemos mucho, etc, etc.

Otra vez más la dificultad está en el ser. La dificultad de la oración, en su mayoría proviene del estilo de vida que llevamos. Si llevamos un estilo de vida marcadamente egocéntrico no podemos orar o nos será muy dificultoso; en cambio, si llevamos un estilo de vida no centrada en uno mismo (altero-céntrico), podemos estar cansados y fatigados ya física, ya anímicamente, pero esta situación no impedirá la oración; puede ser que nos impida una forma concreta de oración, pero no la oración en sí.

Santa Teresa que supo mucho de estas dificultades, dice que la dificultad es vivir a mi placer. En su Libro de la Vida, en el cap.13 habla de los 20 años de crisis que tuvo, en los que procuraba más que oración era "vivir a mi placer".

Hay que convencerse que, si queremos hacer oración y vivir a nuestro placer no hay salida. Podemos vivir engañados; porque lo que hay que hacer es vivir al placer de otro; buscar hacer feliz al otro; vivir atento al otro. Pero si se vive buscando uno mismo, viviendo centrado en sí mismo, evidentemente es posible multiplicar los actos de oración, pero jamás llegará a ser orante.

La oración es una forma de ser permanentemente estable. Cuando una persona se dice amigo, "soy amigo de otra persona" no piensa que está mucho con él; que consumen mucho tiempo estando juntos. Pueden ser cortos los espacios de estar juntos, y puede ser muy rica y gratificante la amistad.

Ahora bien, cuando se trata de amistad y de aproximarse a lo que es la relación con Dios, la oración exige tiempos de presencia explícita personal con la persona amiga. Es lo que dice Santa Teresa al describir lo que es la oración: "estando muchas veces tratando a solas". El problema de los actos de oración no es un problema de reglamentos, ni tampoco necesariamente de determinación en un Proyecto de Vida, en el que se ordena hacer media hora o una hora de oración. No se trata de un problema del tiempo de la oración. Cuando hay un reglamento que me manda que ore tanto o cuanto, es algo así como mandar a una pareja de novios enamorados que estén tanto tiempo juntos; tal determinación, en primer lugar sería un insulto y en segundo lugar, si hay que mandarles que no estén tanto tiempo juntos, para que pueda trabajar cada uno en el compromiso que tiene.

El problema que aquí se plantea, no es un problema jurídico, sino un problema intrínseco de la amistad: quien vive su relación con Dios en términos de amistad o filiación, cómo puede orar limitado a horas, escatimando así el estar con quien sabemos que nos ama.

Esta praxis de actos concretos de oración conduce a unirnos con Dios y después a desunirnos. Esto no es lo correcto. Lo que verdaderamente nos desune de Dios es el amor propio, el egoísmo que puede tener lugar

en todo momento, lo mismo cuando estamos ante el Stmo. solemnemente expuesto, como también cuando estamos predicando la Palabra de Dios. Lo que nos une a Dios es el amor que subsiste delante del Stmo. expuesto, y también en el desarrollo de la propia actividad o de la propia profesión.

Uno no se une más a Dios en la oración que en el trabajo apostólico. Uno se une más a Dios, allí donde el amor sea más activo en la propia vida, sea en la oración, sea en la misión, sea en el trabajo que uno hace por el Reino de Dios, etc. Es el amor quien me une a Dios; no la forma en que se manifiesta; puede ser el servicio directo o puede ser la oración explícita.

ORACION ACTO.- Y esta situación cabe preguntar: Entonces, ¿qué añade la oración, la oración acto, a la oración como forma de ser?. La respuesta es sencilla. En el acto de oración nos sensibilizamos, nos hacemos conciencia de la relación amorosa existente entre Dios y nosotros. Esto es lo que distingue la oración acto, de la oración como forma de ser, como actitud permanente.

En la oración acto caemos en la cuenta de que Dios nos ama, de que vivimos esa relación, mientras en la vida de actividad no existe la mayoría de las veces. Harto tenemos con estar centrados en aquello que estamos haciendo y no es necesario que lo remachemos y lo rubriquemos con esas presencias de Dios que se recomiendan, pero que no por eso mejoran las cosas.

El acto oración es un despertar que nosotros nos hacemos para no despreciarnos y nada más. Las cosas son buenas, o malas, o regulares según nos atengamos a las leyes intrínsecas de aquello que estamos haciendo. Así un profesor en un salón de clase no es mejor por mucha presencia de Dios que tenga, sino por la preparación que ha hecho del tema a tratarse en clase. No podemos priorizar la oración acto sobre los demás. Se prioriza el amor, el servicio al hermano, la obediencia, que prestamos desde adentro a nuestro carisma, a nuestra vocación.

La relación pues entre la oración como forma de ser y la oración como acto, es una relación circular. Si yo vivo la relación amistosa con el Señor, vivo movido por el amor, por la amistad que a El me une, yo entro en el acto de oración fácilmente. Cuando yo no vivo esa actitud de apertura permanente a Dios, es un descaro, porque, de hecho yo no cuento con El, ni quiero que El cuente conmigo. Y al revés, cuando yo trato de vivir esa actitud de relación, donde Dios es el punto de referencia, el acto concreto de oración surge desde dentro, como una dinámica intrínseca de esa misma forma de vivir.

Esta es la relación circular entre la oración como forma de ser y la oración como acto. Poner la oración en la amistad, es como dice Santa Teresa, es algo elemental, porque estamos capacitados para orar. Es una posibilidad que tenemos todos. Es necesario insistir mucho en esto, porque mientras uno no esté convencido de que puede alcanzar una meta, en este caso la oración, fácilmente puede retraerse, encogerse y rendirse.

Todos estamos capacitados para la oración. Dice Santa Teresa que la sustancia de la oración no está en el mucho pensar, sino en el mucho amar, y todos estamos capacitados para amar. Que tengamos que ser educados para esto, porque las fuerzas del mal obran en nosotros, es otra cosa, pero estamos capacitados para amar, somos hábiles para amar.

San Juan de la Cruz para despertar en nosotros esta conciencia de posibilidad, de capacidad radical de estar con Dios, recurre al ejercicio de las virtudes teologales, que son dones que Dios nos ha dado e infundido y nos capacitan para relacionarnos con Dios.

En algunos ambientes se rechaza el poner la fe, como base de la amistad con Dios, porque, dicen, que la amistad tengo con un amigo a quien veo y hablo, pero a Dios no le veo, ni le oigo.

Este modo de pensar no es correcto, porque la fe preside cualquiera relación humana. Es cierto de que se trata de una fe humana, pero es fe. Nosotros para creer en la amistad con cualquiera de nuestros semejantes la aceptamos porque creemos en él; porque sabemos que no nos engaña ni nos traiciona. Lo mismo sucede en todas nuestras relaciones con quienes los necesitamos: maestros, médicos, profesionales, etc. El problema de la fe, es antes un problema humano que religioso.

Nuestra relación con Dios es en clave de fe, como es igualmente en clave de fe las relaciones entre humanos; de lo contrario nos utilizaríamos mutuamente, en la medida en que los signos que nos damos nos satisfacen. Todos estos signos visibles en sí son ambiguos, y cuando creemos dejan de ser ambiguos.

Después del Concilio Vaticano II, se ha hablado mucho sobre la desacralización y sobre la secularización y de la necesidad de trabajar por la justicia y por los marginados, etc. Incluso se ha hablado, más o menos directamente, que la oración es evasiva y alienante, cuando en realidad es todo lo contrario, si la oración se entiende adecuadamente.

Si nosotros entendemos la oración y la vivimos, como una relación de amistad con Dios, caemos en la cuenta de que nada hay que comprometa más que la oración, porque es salir de sí, y buscar siempre el bien del otro.

Es curioso lo que sucede en el plano humano que clamamos por la amistad pero nos resistimos a frecerla, porque la amistad hace que vivamos pendientes de otros y no de nosotros mismos.

La oración como amistad es sumamente comprometedora, de lo contrario es una burla. Tratar de amistad con Dios y vivir de espaldas a todo aquello que Dios quiere y vive es una contradicción.

Si tomamos la oración simplemente como un acto más de la vida, como puede ser el almuerzo, la siesta, el recreo, etc. no nos estamos comprometiendo, por el contrario nos estamos alienando nos y en definitiva, engañándonos. Pero si tomamos la oración y la vivimos como una relación amistosa con el Señor, no nos podemos caer en la alienación; ella inexorablemente nos lleva al servicio a los demás.

Para concluir, todo cuanto llevamos dicho podemos expresarlo en dos categorías bien simples:

1) La oración que se basa en la amistad, está abierta al infinito es algo dinámico; nadie puede orar, vivir la relación con Dios y no expresarla en actos concretos; y tampoco puede apoderarse y manejarlo a su antojo.

La oración es algo vivo, dinámico que afecta radicalmente a la persona y define su evolución en forma positiva. No es aventurado afirmar que la oración hace al ser humano relación. Cada uno es lo que sea su relación con Dios y su relación con los demás. El que no es relación con los demás es un subdesarrollado, su proceso ha sido bloqueado y no es persona.

La oración como amistad es algo abierto, permanentemente abierto, en evolución constante e ininterrumpida.

2) La oración es profundamente transformante y renovadora. No es creíble una amistad que no transforme la vida de una persona que se dice amiga. Tampoco es creíble una oración expresada en términos de amistad que no renueve la vida y transforme la existencia. Esa transformación viene caracterizada por el paso de forma de ser egocéntrica a ser alterocéntrica. Es pasar de vivir centrado en sí mismo a vivir centrado en los demás.

La condición de Dios es ser amorosa, porque Dios es amor, la condición nuestra es ser egoísta.

Por tanto el ser humano tiene que pasar de la condición de ser egoísta a una condición amorosa; de lo contrario no se podrá hablar de amistad; porque no se produce esa aproximación a la condición del otro, es decir, a la condición de Dios, que es amorosa.

Por eso la oración nos enseña y nos empuja a relacionarnos con los demás; a amar a los demás, empezando por los más cercanos; o dicho de otra manera, la oración nos enseña a crear comunidad; hacer un tejido de relaciones entre nosotros es el cimiento, el fundamento de la relación de amistad con Dios.

RASGOS DE LA ORACION..- La descripción de la oración tal como nos la presenta Jesús y como nos la han ofrecido sus testigos cualificados, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, se caracteriza por unos rasgos o elementos que están bien presentados o sugeridos en la palabra que usa Santa Teresa para aproximarnos a la realidad de la oración, que es la amistad.

Es muy importante que nos fijemos en dos rasgos, que de alguna manera sintetizan y expresan las características de la oración verdadera.

El primero de estos rasgos es sumamente elemental, y se podría expresar así: "La oración expresa y fomenta la relación de personas, como son Dios y la persona humana".

Esta relación entre personas, solo puede darse, es decir, viene constituida por la relación en la verdad y en el amor, por cuanto que la verdad de Dios y de la persona que ora se relacionan; y se relacionan en el amor. La oración es creadora de comunión entre las personas.

El segundo rasgo es que, "la relación de personas que llamamos oración, es experiencia y expresión de gratuidad".

La experiencia de amistad es una experiencia de gratuidad. Sólo adentrándonos en esta gratuidad, por lo demás constitutiva de nuestro ser humano, aunque estemos tan castigados por el egoísmo, el utilitarismo, por un utilizar a Dios en favor nuestro y también al prójimo en favor nuestro, e igualmente las cosas; a pesar de todo eso hay que afirmar que la gratuidad es un constitutivo de nuestro ser humano, que viene enormemente potenciado por la reconciliación del hombre con Dios que opera Cristo.

Solo en esta clave, podremos vivir como personas.

Este es el gran bien de la oración, porque nos introduce en la gratuidad como la forma que identifica nuestro ser de personas.

En definitiva cada uno de nosotros será lo que es su relación con los demás; desde Dios hasta las criaturas más insignificantes en la escala del ser.

Vamos a insistir un poco más en cada uno de estos rasgos.

En lo que se refiere a relación de personas, siempre hay una tendencia a concebir la oración como una relación de uno, de su yo, de sus sentimientos, con sus ideas, con sus situaciones psicológicas, afectivas y religiosas.

Esto es justamente la negación de la oración.

Una relación se monta y se fragua sobre las personas que la realizan y nunca sobre los sentimientos que se despiertan la una a la otra, ni tampoco sobre las ideas que se provocan.

Podemos estar hablando de cualquier tema; de aquellos que más directamente nos afecta, como puede ser la familia y no vivir en relación, porque a lo que prestamos atención, lo que nos une es el tema que estamos considerando.

Podemos estar también comunicándonos las mas bellas y profundas ideas sobre el misterio de Dios o Palabra de Dios y no comunicarnos.

Nos unimos en ideas, que es muy distinto a unirse en nuestras personas.

La oración reclama hasta cierto punto una fusión de personas, es decir la comunión de Dios y el orante.

Y cuando esa comunión de personas tiene su fundamento en la amistad, no es para que una de ellas sea activa y la otra pasiva. Así no puede darse la relación. En la relación interpersonal, si es real, ambas personas son activas y pasivas; ambas dan y ambas reciben.

Pero en el caso de Dios y el orante, hay una diferencia: ciertamente Dios es agente en mi oración, y no solo eso, sino que El es más agente que yo desde los mismos comienzos.

Esta afirmación está confirmada a lo largo de toda la Sagrada Escritura, empezando en el Génesis y culminando en la Encarnación.

"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado". (Rom.5,5).

"Nadie conoce al Hijo mas que el Padre; y nadie conoce al Padre mas que el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelar". (Mt 11,25).

"Si alguno me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos mansión en él." (Jh 14,23).

La presencia activa de Dios en eso que llamamos mi oración, mi relación con El, tenemos que destacarla desde el primer momento, porque va a condicionar la actitud que yo vaya a adoptar.

La explicación es simple: En una relación interpersonal el más activo es el que más y mejor ama; es indiscutible que en nuestro caso, Dios nos ama más y mejor que nosotros a El, o que nosotros nos amamos a nosotros mismos. Dios ama más y mejor. Dios es más activo en esa relación mía con El y de El conmigo.

Dios al brindarnos su amor, desde el principio, está haciendo posible nuestra comunicación con El. Esto es trascendental para la vida de cada uno de nosotros.

Nuestra respuesta a esta actitud de Dios es sencilla y clara: silencio y escuchar.

Si nosotros aceptamos la presencia activa de Dios en nuestra vida y en el contorno donde nos movemos, es absolutamente necesario escucharle.

Como se dijo antes, el segundo rasgo de la oración es la gratuidad.

La oración es una experiencia de gratuidad.

La experiencia de la gratuidad es lo más elemental de nuestra fe cristiana. Esta gratuidad que reclama nuestra fe y por consiguiente nuestra oración, choca estrepitosamente con la cultura y ambiente de nuestro tiempo. Hoy se valora todo, incluyendo las personas, por lo que hacemos, por lo que rendimos, por lo que producimos...

La oración no está en la categoría de lo útil, sino de lo no útil, de lo inútil y ahí es donde está su enorme valor.

La gracia es el punto de partida de este modo de concebir nuestra relación con Dios, la cual se convierte esencialmente en acogida y gratitud.